

Una aciaga
decisión
que jamás
debió tomarse

Eran las siete de la tarde de un caluroso día de julio. Los ministros de los países que formaban la C.P.S.P.S.D. (Comunidad de Países Semejantes a Pesar de Sus Diferencias) abandonaban el Consejo. Aún no habían comido y muchos de ellos todavía tardarían en hacerlo pues otros consejos, subconsejos, comisiones y subcomisiones los estaban aguardando.

La Comunidad de Países Semejantes a Pesar de Sus Diferencias estaba formada por trece países. Había gente que creía que no servía para gran cosa -sobre todo la de los países más pobres, que miraba con natural envidia a la de los países más ricos- pero eso no era así, y lo cierto es que era útil de veras. En particular para los que, paradójicamente, la miraban con menos agrado, que eran, como acabo de decir, los de los países más pobres.

Convocar una reunión del Consejo de Ministros de la C.P.S.P.S.D. era muy complicado. Los ministros eran personas ocupadísimas y cuando unos disponían de tiempo no podían los otros, por lo que había que aplazar los encuentros una y otra vez, y con frecuencia sucedía que cuando llegaban a celebrarse, la mayoría de los problemas

ya se habían resuelto o era demasiado tarde y no tenían solución. Además, los aplazamientos hacían que los temas a tratar se acumularan en tal cantidad que los Consejos se convertían en maratónicas y agotadoras sesiones que los propios ministros acababan por aborrecer.

Esa era la razón fundamental por la que aquella tarde salían de la asamblea sudorosos y con aire cansado. Habían estado discutiendo durante once horas seguidas y casi no sabían dónde tenían la cabeza de tanto oír hablar en seis o siete idiomas y tener que chapurrear otros tantos. Y, para colmo, lo que más les había hecho sudar era un asunto de los menos importantes en comparación con los otros ciento treinta y siete que comprendía la convocatoria extraordinaria del Consejo: el problema, engorroso y delicado, eso sí, de la enojosa letra ñ.

Las cosas no podían seguir ni un día más como hasta entonces. La letra ñ sólo existía en español y, por tanto, sólo aparecía en los ordenadores españoles, de modo que en algunas ocasiones a los países de la Comunidad les costaba muchísimo entenderse por su culpa. La solución de sustituirla por otro signo que figurase en todos los teclados - una barra, o lo que fuera- no había contribuido a mejorar la situación, especialmente si se trataba de nombres propios de personas, que resultaban ininteligibles o se confundían con otros semejantes. Hasta en España se hacían un lío a causa de la dichosa letra pues, si bien nadie había tenido nunca dificultades con ella, desde que el país había entrado a formar parte de la C.P.S.P.S.D., los quebraderos de cabeza y los malentendidos a la hora de comunicarse con el extranjero eran frecuentes si había letras ñ de por medio.

¿Y qué fue lo que idearon los sesudos ministros para solucionar la cuestión, por supuesto después de haber escuchado la opinión de ilustres asesores, documentados consultores y reconocidos expertos? Pues lo más sencillo del mundo; algo para lo que no hacía falta desgañitarse pensando ni haber estudiado en universidades famosas para

llegar a ser experto, consultor o asesor: eliminar del español la letra ñ.

Con todo, la decisión fue muy difícil de tomar. Cuando acabaron los discursos hubo una larga y terrible discusión, hasta insultos.

-¿Suprimir la letra ñ? ¿Y por qué no suprimimos el abecedario entero?- había protestado un ministro.

-Porque entonces no podríamos escribir- afirmó otro.

-En ese caso suprimámoslos a ustedes y asunto resuelto- dijo un tercero.

-¡Bravo! ¿Y qué harían sin nosotros los mendrugos como usted?

-Vivir mejor sin tantos botarates, se lo aseguro.

-¡Calma, señores, calma! No hay que ponerse así por una simple letra- terció el presidente del Consejo tratando de apaciguar los ánimos, aunque sin conseguir resultados demasiado brillantes.

-¡Gaznápiro!

-¡Alcachofa!

-¡Platelminto!

Los insultos continuaron. Las botellas de agua mineral desfilaban por docenas y no duraban ni un minuto sobre la mesa, pues las gargantas de los diplomáticos se reseocaban de tanto hablar e increparse. Finalmente, muchos sustantivos y adjetivos después, algunos de ellos bastante menos delicados que los aquí reproducidos, la asamblea adoptó una resolución mayoritaria y la molesta letra ñ quedó suprimida.

El ministro que había tenido la feliz ocurrencia -y principal defensor de la propuesta- se regodeó. Otros, en cambio, salieron enfadadísimos, porque sus alegatos en favor de la conservación de la letra no habían sido estimados.

-Hay que reconocer que es un acuerdo sensato que por fin va a permitir que se corrijan nuestras actuales deficiencias de comunicación...- decía ante la puerta un

periodista, hablando hacia las cámaras de televisión.

-Reconozcámoslo: el acuerdo es de lo más insensato, y no creo que éste sea el mejor modo de resolver nuestras graves dificultades de comunicación- afirmaba otro un poco más allá, dirigiéndose a un montón de micrófonos.

El paso estaba dado. La resolución iba a entrar en vigor al día siguiente, fecha en que sería publicada en el Boletín Oficial de la Comunidad. Sin embargo, nadie había contado -porque nadie en aquel momento era capaz de imaginarlo- con lo que pronto, muy pronto, iba a empezar a suceder.

Mejor dicho: con lo que aquella misma tarde ya había empezado a suceder.